



*El Carácter de la Comuna*¹

Imago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  MundiImago  Mundi

El aparato de Estado centralizado que, con sus órganos militares, burocráticos, clericales y judiciales, omnipresentes y complicados, encierra (envuelve) el cuerpo vivo de la sociedad civil como una boa constrictor, fue forjado primero en los días de la monarquía absoluta como un arma de la naciente sociedad moderna en su lucha de emancipación del feudalismo. Los privilegios señoriales de los aristócratas, y de las ciudades, y del clero en la época medieval, fueron transformados en los atributos de un Poder estatal unificado, que reemplaza a los dignatarios feudales por funcionarios estatales asalariados, transfiere las armas de los servidores medievales de los terratenientes, y de las corporaciones urbanas, a un ejército permanente, sustituye a la abigarrada (polícroma) anarquía de poderes medievales en conflicto por el plan reglamentado de un Poder estatal, por una división sistemática y jerárquica del trabajo.

La primera Revolución Francesa, cuya tarea era fundar la unidad nacional (crear una nación) tenía que romper toda independencia local, territorial, urbana y provincial. Ella estaba obligada pues, a desarrollar lo que la monarquía absoluta había comenzado: la centralización y organización del Poder estatal, y a ampliar el radio de acción y las atribuciones del Poder estatal, el número de sus instrumentos, su independencia y su sobrenatural predominio sobre la sociedad real, que de hecho ocupó el lugar del cielo sobrenatural

del Medioevo, con sus santos. Todo interés menor y aislado, engendrado por las relaciones de los grupos sociales, fue separado de la sociedad misma, determinado, y colocado como independiente de ella y en oposición a ella, en razón al interés del Estado, que era administrado por curas del Estado con funciones jerárquicas exactamente determinadas.

Esta parasitaria (excrecencia) de la sociedad civil, que pretendía ser su réplica ideal, alcanzó su completo desarrollo bajo el

CARLOS MARX/EL CARÁCTER DE LA COMUNA



¹ Este texto, cuyo título es del propio Marx, y que *Contrahistorias* recupera aquí para todos sus lectores, es un fragmento del Primer Borrador del libro *La guerra civil en Francia*, borrador que sirvió como base para la redacción definitiva de la versión más conocida y difundida de dicha obra. Y aunque su argumento principal es muy similar al texto final, esta primera variante contiene también tesis y matices no incluidos en esa versión última, los que son útiles e importantes para una mejor y más fina comprensión de los profundos aportes de la fundamental experiencia de la Comuna de París de 1871. Por eso reeditamos este texto, que también ha sido tomado de la edición china del libro, Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, pp. 179 – 191.

reinado del Primer Bonaparte. La Restauración y la Monarquía de Julio no agregaron a ella más que una mayor división del trabajo, que crecía en la misma medida en que la división del trabajo dentro de la sociedad civil creaba nuevos grupos de intereses y, en consecuencia, nuevos materiales para la actividad del Estado. En su lucha contra la Revolución de 1848, la República Parlamentaria de Francia y los Gobiernos de toda la Europa continental se vieron obligados a fortalecer, mediante sus medidas represivas contra el movimiento popular, los medios de acción y la centralización de ese poder gubernamental. Todas las revoluciones tuvieron pues, como única consecuencia, perfeccionar la maquinaria del Estado en vez de hacer a un lado a este paralizante íncubo.

Las fracciones y partidos de las clases dominantes que alternadamente lucharon por la supremacía, consideraron la ocupación (control) (toma), y la dirección de esta inmensa maquinaria de gobierno, como el principal botín del vencedor. Esta maquinaria centró su actividad en la creación de inmensos ejércitos permanentes, de una multitud de sabandijas del Estado, y de enormes deudas públicas. Durante la época de la monarquía absoluta constituyó un medio de lucha de la sociedad moderna contra el feudalismo, lucha que fue coronada por la Revolución Francesa, y bajo el Primer Bonaparte, sirvió no solamente para someter a la revolución y liquidar todas las libertades populares, sino que también fue un instrumento de la Revolución Francesa para golpear afuera, para crear en provecho de Francia en el continente, en lugar de monarquías feudales, Estados hechos más o menos a la imagen de Francia.

Bajo la Restauración y la Monarquía de Julio, se convirtió no solamente en un medio de la violenta dominación de clase de la clase media, sino también en un medio de agregar a la explotación económica directa, una

segunda explotación del pueblo, asegurando a sus (por ejemplo, la clase media) familias todas las ricas prebendas de la casa estatal. Durante el tiempo de la lucha revolucionaria de 1848, en fin, sirvió como instrumento para aniquilar esa Revolución y todas las aspiraciones de emancipación de las masas populares. Pero el parásito estatal sólo recibió su desarrollo final durante el Segundo Imperio. El Poder gubernamental, con su ejército permanente, su burocracia que lo dirige todo, su clero embrutecedor y su jerarquía de tribunales serviles, se habían hecho tan independientes de la sociedad misma, que un aventurero de grotesca mediocridad, a la cabeza de una hambrienta banda de desesperados, era suficiente para ejercerlo.

Este Poder ya no tuvo la necesidad de justificar su existencia por la coalición armada de la vieja Europa contra el mundo moderno, establecido por la Revolución de 1789. Ya no apareció como un instrumento de dominación de clase, sometido al ministerio parlamentario o a una asamblea. El sometía a su poder, incluso los intereses de las clases dominantes, cuyo espectáculo parlamentario, aquél lo reemplazó con los *Corps Législatifs* seleccionados por él mismo, y con Senados pagados por él; su autoridad absoluta fue sancionada por el sufragio universal; fue reconocido como una necesidad para mantener el “orden”, que es la dominación del terrateniente y del capitalista sobre el productor; encubrió, con los harapos de la mascarada del pasado, las orgías de la corrupción del presente, y la victoria de la fracción más parasitaria, la de los timadores financieros, dio carta blanca al *libertinaje* de todas las influencias reaccionarias del pasado –pandemónium de infamias–, el Poder estatal había recibido su última y suprema expresión en el Segundo Imperio.

En apariencia, se trataba de la victoria final de este poder gubernamental sobre la

sociedad, aunque de hecho, era la orgía de todos los elementos corruptos de esa sociedad. A los ojos de los iniciados, esto aparecía solamente como la victoria del Ejecutivo sobre el Legislativo, como la derrota final que a la forma de dominación de clase que pretendía ser el autogobierno de la sociedad, infligía la forma de esta dominación, que pretendía ser un poder colocado por encima de la sociedad. Pero de hecho, no era más que la última forma degradada, y la única posible, de esa dominación de clase, que era tan humillante para esas clases mismas, como para las clases trabajadoras, a las que mantenía encadenadas.

El 4 de septiembre no fue más que la reivindicación del retorno a la República, contra el grotesco aventurero que la había asesinado. La verdadera antítesis del *Imperio mismo*, es decir, el Poder estatal, el ejecutivo centralizado, del cual el Segundo Imperio no fue sino su fórmula acabada, fue *La Comuna*. Este Poder estatal es, de hecho, la creación de la burguesía; fue el instrumento que sirvió, primero para destruir el feudalismo, y después una herramienta para ahogar las aspiraciones emancipadoras de los productores, de la clase obrera. Todas las reacciones y todas las revoluciones no han servido sino para transferir ese poder organizado, esa fuerza organizada de la esclavitud del trabajo, de una mano a la otra, de una fracción de las clases dominantes a la otra.

Había sido para las clases dominantes, como un medio de sometimiento y de lucro. Había succionado nuevas fuerzas de cada nuevo cambio. Había servido como el instrumento para aplastar cada

levantamiento popular, para golpear a las clases trabajadoras después de que éstas habían combatido y recibido la orden de asegurar la transferencia de ese Poder de un grupo de sus opresores a otro grupo.

Esa no fue pues, una revolución contra tal o cual forma de Poder estatal, legitimista, constitucional, republicano o imperial. Fue una revolución contra el Estado mismo, este aborto sobrenatural de la sociedad, la

Esa no fue pues, una revolución contra tal o cual forma de Poder estatal, legitimista, constitucional, republicano o imperial. Fue una revolución contra el Estado mismo, este aborto sobrenatural de la sociedad, la reasunción por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social.

reasunción por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social. No fue una revolución que se hizo para transferir ese Poder de una fracción de las clases dominantes a la otra, sino una revolución para acabar con la propia horrenda maquinaria de la dominación de clase. No fue una de esas luchas enanas entre las formas ejecutivas de dominación de clase y las parlamentarias, sino una rebelión contra estas dos

formas juntas, que se integran la una en la otra, y de las cuales la forma parlamentaria no era sino el engañoso apéndice del Ejecutivo. El Segundo Imperio fue la forma acabada de esta usurpación estatal. La Comuna fue su negación definitiva, y, por eso, el inicio de la revolución social del siglo XIX.

Cualquiera que sea pues su suerte en París, ella dará la vuelta al mundo. Ella fue a la vez aclamada por la clase obrera de Europa y de los Estados Unidos como la palabra mágica de liberación. Las glorias y los actos antediluvianos del conquistador prusiano, sólo parecían alucinaciones de un pasado concluido.

Sólo la clase obrera podía formular, por medio de la palabra “Comuna” y a través de la lucha de la Comuna de París, esta nueva

aspiración. Incluso la última expresión del Poder estatal en el Segundo Imperio, aunque humilló el orgullo de las clases dominantes y dispersó en el viento sus pretensiones parlamentarias de autogobierno, no constituyó sino la última forma posible de su dominación de clase. Mientras políticamente las desposeía, ella era la orgía en la cual todas las infamias económicas y sociales de su *régime* obtuvieron vía libre. La burguesía media y la pequeña burguesía eran, por sus condiciones económicas de vida, excluidas del inicio de una nueva revolución, e inducidas a seguir o las pisadas de las clases dominantes, o a seguir a la clase obrera. Los campesinos eran la base económica pasiva del Segundo Imperio, de ese último triunfo de un Estado separado de la sociedad e independiente de ella.

Solamente los proletarios, inflamados por la nueva tarea social, que ellos debían cumplir por toda la sociedad, de suprimir todas las clases y la dominación de clase, eran los hombres que podían aplastar el instrumento de este dominio de clase que era el Estado, aplastar este poder gubernamental centralizado y organizado que, por usurpación, era el amo de la sociedad en lugar de ser su servidor. En la activa lucha librada contra ellos por las clases dominantes, apoyadas por la adhesión pasiva del campesinado, el Segundo Imperio, coronamiento supremo y al mismo tiempo la más insigne prostitución del Estado, que había tomado el lugar de la iglesia medieval, fue engendrado. Fue contra los proletarios que nació. Y por ellos fue aplastado, no como una forma peculiar de poder gubernamental (centralizado), sino como su más poderosa expresión, que parecía independiente de la sociedad y, por eso, también su más prostituida realidad, cubierta por la ignominia de arriba abajo, teniendo como eje la absoluta corrupción en lo interno y la absoluta impotencia en lo externo.

Pero esta forma de dominio de clase se había roto solamente para hacer del Ejecutivo, de la maquinaria estatal de gobierno, el único y gran objeto de ataque de la revolución.

El parlamentarismo en Francia había tocado a su fin. Su último periodo y su más completa floración fue la República Parlamentaria desde mayo de 1848 hasta el *coup d'Etat*. El Imperio que lo mató, fue su propia creación. Bajo el Imperio, con su *Corps Législatif* y su Senado –en esta forma ha sido reproducido por las monarquías militares de Prusia y de Austria–, el parlamentarismo había sido una simple farsa, un mero apéndice del despotismo en su más grosera forma. El parlamentarismo había pues muerto en Francia, y la revolución de los obreros, por supuesto, no iba a despertarlo de su muerte.

La *Comuna* es la reasunción del Poder estatal por la sociedad como su propia fuerza viva, y ya no como la fuerza que la controla y la somete, es la reasunción del Poder estatal por las masas populares mismas, que constituyen su propia fuerza, en reemplazo de la fuerza organizada que las reprime, la forma política de su emancipación social, en lugar de la fuerza artificial (apropiada por sus opresores) (su propia fuerza opuesta a los opresores y organizada contra ellos) de la sociedad, puesta al servicio de sus enemigos para oprimirlas. La forma era simple, como todas las cosas grandes. El tiempo requerido para los desarrollos históricos, siempre había sido perdido, en todas las revoluciones del pasado, en los mismos días del triunfo popular, cada vez que el pueblo había entregado sus armas victoriosas, dejándolas que se volvieran contra él mismo.

Reaccionando contra este hábito de las revoluciones precedentes, la Comuna reemplazó al ejército por la Guardia Nacional. “Por primera vez desde el 4 de septiembre, la República se liberó del *gobierno de sus enemigos...* (ha dado) a la

ciudad una milicia nacional, que defiende a los ciudadanos contra el Poder (el gobierno), *en vez de un ejército permanente que defiende al gobierno* contra los ciudadanos”. (Proclama del Comité Central del 22 de marzo)². (El Pueblo solamente tenía que organizar esta milicia a escala nacional, terminar con los ejércitos permanentes; (ésta es) la primera condición económica *sine qua non* de todos los progresos sociales; ella descartaba inmediatamente esta fuente de impuestos y de deuda pública, y también este peligro constante de usurpación gubernamental de la dominación de clase—trátese de la forma ordinaria de dominación de clase, o de un aventurero que pretenda salvar a todas las clases); al mismo tiempo, era la más segura garantía contra la agresión extranjera, y hacía de hecho imposible el costosísimo aparato militar en todos los demás Estados; la emancipación del campesinado del impuesto en sangre y (de ser) la más fértil fuente de todos los tributos y deudas de Estado.

He aquí ya el punto en el cual la Comuna es una *suerte para el campesino*, la primera palabra de su emancipación. Con la “policía independiente” abolida, y sus rufianes suplantados por servidores de la Comuna. El sufragio universal, del que hasta hoy se ha abusado tanto, sea como sanción parlamentaria del sacrosanto Poder estatal, sea como juguete en las manos de las clases dominantes, y del cual el pueblo no se sirve sino para sancionar (escoger los instrumentos de) la dominación de clase parlamentaria a intervalos de muchos años, ese sufragio es adaptado a su verdadero objetivo, que es el de hacer elegir por las comunas a sus propios funcionarios de administración y legislación.

(Había) la ilusión de que la administración y el gobierno político eran algo misterioso,

funciones trascendentes que no se podían confiar sino en las manos de una casta entrenada de parásitos estatales, de sicofantes abundantemente pagados y de sinecuristas que, colocados en los cargos superiores, absorbían la inteligencia de las masas y la volvían contra sí mismas en los rangos inferiores de la jerarquía. La Comuna se desembaraza completamente de la jerarquía estatal, y reemplaza a los arrogantes amos del pueblo con sus servidores siempre revocables, reemplaza una responsabilidad ilusoria con una responsabilidad auténtica, ya que los últimos actúan constantemente bajo el control del pueblo. Pagados como obreros calificados, doce libras por mes, percibían un salario que no excedía las 240 libras por año, salario que, según una alta autoridad científica, el profesor Huxley, era apenas superior a un quinto de lo que se necesita para pagar a un empleado del Consejo de Instrucción Pública de Londres.

Toda la comedia de los misterios y pretensiones del Estado fue suprimida por una Comuna que, compuesta sobre todo de simples obreros, organizó la defensa de París, hizo la guerra a los pretorianos de Bonaparte, aseguró el abastecimiento de esa inmensa ciudad, llenando todos los puestos hasta entonces divididos entre gobierno, policía y prefectura, haciendo su trabajo públicamente, sencillamente, bajo las más difíciles y complicadas circunstancias, y haciéndolo, como Milton hizo su *Paraiso Perdido*, por unas cuantas libras, actuando a la brillante luz del día, sin ninguna pretensión de infalibilidad, sin ocultarse detrás de una burocracia papelera, sin sentir vergüenza de confesar sus errores con el fin de corregirlos.

Ella ha cumplido por igual con todas las funciones públicas — militares, administrativas, políticas—, haciendo de ellas



² En el *Journal Officiel de la République Française*, núm. 84, del 25 de marzo de 1871.

funciones verdaderamente de los obreros, en vez de los ocultos atributos de una casta entrenada; (manteniendo el orden en medio de la turbulencia de la guerra civil y la revolución) (emprendiendo medidas de regeneración general). Cualquiera que sea el mérito de cada una de las medidas de la Comuna, su más grandiosa medida fue su propia organización, que improvisó, con el enemigo extranjero en una puerta, y el enemigo de clase en la otra, probando con su existencia su vitalidad, y confirmando sus tesis con su acción. Su aparición fue una victoria sobre los vencedores de Francia. París cautiva retomó con un ímpetu audaz la dirección de Europa, sin depender de la fuerza bruta, sino poniéndose a la cabeza del movimiento social, materializando los anhelos de la clase obrera de todos los países.

Con todas las grandes ciudades organizadas en Comunas, según el modelo de París, ningún gobierno podría reprimir el movimiento mediante los golpes de una inesperada reacción. Incluso estas medidas preparatorias habrían dejado el tiempo necesario para la incubación, que era la garantía del movimiento. Toda Francia se habría organizado en comunas, que se habrían administrado y gobernado por sí mismas, el ejército permanente habría sido reemplazado por las milicias populares, el ejército de parásitos de Estado habría sido removido, la jerarquía clerical habría sido desplazada por el maestro de escuela, la justicia de Estado convertida en organismos comunales; la elección de la representación nacional no habría sido más un asunto de prestidigitación para un gobierno omnipotente, sino la expresión deliberada de las comunas organizadas; las funciones del Estado habrían sido reducidas a unas pocas funciones, que respondieran a fines generales y nacionales.

Tal es la Comuna, *forma política de la emancipación social*, de la liberación del trabajo respecto de las usurpaciones

(esclavizamiento) por parte de aquellos que monopolizan los medios de trabajo, creados por los trabajadores mismos, o que constituyen un don de la naturaleza. Así como la maquinaria estatal y el parlamentarismo no constituyen la vida real de las clases dominantes, sino solamente los órganos generales organizados de su dominación, las garantías políticas y las formas y expresiones del viejo orden de cosas, del mismo modo la Comuna no constituye el movimiento social de la clase obrera, y por ende de la regeneración general de la humanidad, sino los medios organizados de su acción.

La Comuna no suprime las luchas de clases, por medio de las cuales la clase obrera se esfuerza por abolir todas las clases, y por eso, toda (dominación de) clase (porque ella no representa un interés particular; ella representa la liberación del “trabajo”, es decir, la condición fundamental y natural de la vida individual y social, que solamente por usurpación, fraude y artimañas, puede ser desviada hacia el dominio de una minoría sobre la mayoría), pero la Comuna crea el ambiente racional dentro del cual esa lucha de clases puede recorrer sus diferentes fases de la manera más racional y humana. Ella podía ser el punto de partida de reacciones violentas y de revoluciones asimismo violentas. Ella da comienzo a la *emancipación del trabajo*—su gran objetivo—, barriendo la obra improductiva y malévola de los parásitos de Estado, corta, por una parte, las raíces del mal por las cuales se destinaba una inmensa parte del producto nacional a alimentar el monstruo estatal; y por otra, cumple la obra real de la administración local y nacional, cobrando salarios de obreros. Comienza, por lo tanto, con un inmenso ahorro, con una reforma económica, así como con una transformación política.

Una vez establecida firmemente a escala nacional la organización comunal, las

catástrofes que ella aún hubiera podido sufrir, habrían sido esporádicas insurrecciones de esclavistas, las que, mientras momentáneamente habrían interrumpido el trabajo del progreso pacífico, únicamente habrían logrado acelerar el movimiento, poniendo la espada en las manos de la revolución social.

La clase obrera sabe que ella tiene que pasar por diferentes fases de la lucha de clases. Sabe que el reemplazo de las condiciones económicas de la esclavitud del trabajo por las condiciones del trabajo libre y asociado, no puede operarse sino mediante el trabajo progresivo del tiempo, (que es la transformación económica), que esas condiciones requieren no solamente un cambio en la distribución, sino una nueva organización de la producción, o más aún, la liberación (desembarazo) de las formas sociales de producción tal como ellas existen en la organización actual del trabajo (engendradas por la industria moderna), arrancándolas de las ataduras de la esclavitud, de su actual carácter de clase, y realizando por fin la coordinación armoniosa de esas formas en el plano

nacional e internacional.

Sabe que su trabajo de regeneración será una y otra vez frenado y obstaculizado por la resistencia de intereses creados, y de los egoísmos de clase. Sabe que la actual “acción espontánea de las leyes naturales del capital y de la propiedad de la tierra” solamente puede ser superada por “la acción espontánea de las leyes de la economía social del trabajo libre y asociado”, mediante un largo proceso de desarrollo de nuevas condiciones, del mismo modo que lo fue la “acción espontánea de las leyes económicas de la esclavitud” y la “acción espontánea de las leyes económicas de la servidumbre”. Pero sabe, al mismo tiempo, qué grandes pasos pueden ser dados inmediatamente a través de la forma comunal de organización política, y que ha llegado el momento de iniciar ese movimiento para ella misma y para toda la humanidad.

* * *

